



Lord Byron
La visión del juicio
Poemas de amor
ALBA · poesía

Lord Byron

La visión del juicio
Poemas de amor

Traducción
José C. Vales

ALBA

Nota a los textos

La traducción de *La visión del juicio* se basa en el texto fijado por Peter Cochran a partir del manuscrito de la Biblioteca Nacional de Escocia (Acc. 12604/04057). Las notas están basadas también en las de Peter Cochran, aunque en ocasiones se han resumido o se han omitido referencias textuales muy especializadas. El lector que desee indagar más profundamente en las referencias literarias o históricas, en las variantes textuales, en las distintas ediciones y en otros aspectos de erudición filológica puede consultar la página web https://petercochran.files.wordpress.com/2009/03/the_vision_of_judgement3.pdf.

La presente selección y traducción de los poemas «de amor» de lord Byron se basa en los textos fijados, editados y anotados por Ernest H. Coleridge y Roland E. Prothero en *The Works of Lord Byron*, y publicados en Londres (Murray) entre 1898 y 1905.

LA VISIÓN DEL JUICIO

Nota introductoria a *La visión del juicio*

La visión del juicio (*The Vision of Judgement*) es el producto de un enfrentamiento –más político y personal que literario– entre el poeta laureado Robert Southey y lord Byron. La enemistad no nacía únicamente de los distantes puntos de vista ideológicos, ni de la dudosa actitud socio-política y literaria de Southey, ni siquiera de la crítica que este había hecho del *Don Juan*. Byron sospechaba que Southey estaba detrás de los maliciosos rumores que hablaban de la Liga del Incesto, en la que se incluía al poeta, a su familia y a sus amigos, los Shelley. Además, en el prefacio a su propia *Vision of Judgement* (1821), donde el rey Jorge III entraba con todos los honores en el Cielo, Southey se refería a Byron y su grupo –sin citarlos– en los siguientes términos: «Esos hombres de corazones enfermos e imaginaciones depravadas, que, conformando un sistema de opiniones que se ajustan a su personal e infeliz modo de conducirse, se han rebelado contra las normas más sagradas de la sociedad humana, y odiando esa religión revelada que, a pesar de todos sus esfuerzos y bravuconadas, son incapaces de rechazar del todo, consiguen hacer a otros tan miserables como lo son ellos mismos, infectándolos con un virus... ¡que se come el alma! La escuela que han establecido bien podría llamarse Escuela Satánica; y aunque sus obras respiran el espíritu de Belial por su lascivia, y el espíritu de Moloch por las repugnantes imágenes de atrocidades y horrores que se deleitan en representar, se les puede caracterizar más precisamente por su espíritu satánico de orgullo y atrevida impiedad, que sin embargo delata el miserable sentimiento de desesperación que les es inherente».

Byron aborda la sátira contra Southey desde todos los puntos de vista (político principalmente, pero también literario y personal) y, aunque la primera versión (en el periódico *The Liberal*, 15 de octubre de 1822) no apareció firmada, tuvo un éxito inmediato a pesar de las persecuciones políticas y judiciales. Se ha llegado a decir que la merecida fama de Southey como poeta nunca se ha recuperado del ridículo al que lo sometió Byron.

JOSÉ C. VALES

La visión del juicio, de Quevedo Redivivus,¹ sugerida por la composición titulada del mismo modo y del autor de *Wat Tyler*²

¡Un Daniel viene al Juicio! ¡Sí, un Daniel!

Gracias, judío, por enseñarme esa palabra.³

Prefacio

Se ha dicho muy sensatamente que «Un loco hace ciento», y lo mismo se ha observado en el ámbito de la poesía: «pues solo los locos entran donde los ángeles no se aventuran».⁴

Si el señor Southey no hubiera metido las narices donde no lo llamaban, y donde no estuvo nunca, y donde nunca volverá a estar, el siguiente poema no se habría escrito. No es imposible que pueda ser tan bueno como el suyo, sabiendo que de ninguna manera puede ser peor en estupidez, natural o adquirida. La grosera verborrea, la torpe insolencia, la intolerancia miserable y la impía hipocresía del poema escrito por el autor de *Wat Tyler* son tan fabulosas que alcanzan la sublimidad del propio autor, porque contienen la quintaesencia de sus atributos.

Eso por lo que concierne a su poema. Respecto a su prefacio, unas palabritas. En su prefacio se vanagloria el magnánimo poeta laureado de haber elaborado un retablo de una supuesta «Escuela Satánica», a la cual señala efectivamente para que la justicia lo tenga en cuenta, añadiendo de este modo a sus otros laureles la ambición de los chivatos. Si existe en alguna parte, salvo en su imaginación, semejante escuela, ¿no está él suficientemente armado

contra ella gracias a su inmensa vanidad? La verdad es que hay ciertos escritores –eso es lo que se imagina Mr. S., como Scrub⁵– que «han hablado de él, porque se reían muchísimo».

Creo que sé lo suficiente de la mayoría de los escritores a quienes supuestamente alude para asegurar que, en su talento personal, han hecho más por el bienestar y la felicidad de sus semejantes en un solo año que el daño que ha podido hacerse a sí mismo el señor Southey denigrándose con sus absurdesces en toda su vida: y ya es decir. Pero tengo algunas breves cuestiones que quiero plantear.

Primera. ¿El señor Southey es el autor de *Wat Tyler*?

Segunda. ¿No se le rechazó un recurso legal de reparación moral y económica en las más altas instancias judiciales de su amada Inglaterra, por ser una publicación blasfema y sediciosa?⁶

Tercera. ¿Acaso no fue el parlamentario William Smith, en pleno, quien lo llamó «traidor rencoroso»?⁷

Cuarto. ¿No queda el dicho poeta laureado, con sus propios versos sobre Martin el Regicida, plenamente retratado?⁸

Y quinto. Recapitulando las cuatro cuestiones precedentes, ¿con qué caradura se atreve a reclamar lo que él denomina «la consideración de las leyes a las publicaciones de otros», sean las que sean? No voy a decir nada de la cobardía de semejante aseveración: su insensatez habla por sí misma; pero sí quiero exponer el motivo, que es, nada más y nada menos, que se han estado burlando un poco de ese Mr. S. en algunas recientes publicaciones, como en el «anti-jacobino».⁹ De ahí viene toda esa «verborrea incomprensible»¹⁰ sobre los «satánicos» y todo lo demás. De todos mo-

dos, es digno de él... *Qualis ab incepto* (Siempre ha sido así).¹¹

Si en el siguiente poema hay algo que repugne a las opiniones políticas de una parte del público, deben agradecerse al señor Southey. Él podría haber escrito hexámetros, como ha hecho con todo lo que ha escrito, pero nada le debía importar eso al escritor... o se habrían empleado en otro tema. Pero al intentar canonizar a un rey, que, cualesquiera que fueran sus virtudes domésticas, no fue un rey ni competente ni patriótico –dado que buena parte de los muchos años de su reinado los pasó en guerra con América e Irlanda, por no decir nada de las agresiones contra Francia–, como todas las exageraciones, necesariamente suscita oposición. No importa de qué manera se le pueda tratar en esta nueva «visión»: la historia no hablará favorablemente de su carrera *pública*. De sus virtudes privadas (aunque un poco caras para el país) no cabe ninguna duda.

Respecto a los personajes sobrenaturales tratados, solo puedo decir que sé tanto sobre ellos como Robert Southey y, como hombre honrado que soy, tengo más derecho a hablar de ellos que él. También los he tratado con más amabilidad. La manera como ese pobre perturbado, el Laureado, establece sus juicios en el otro mundo es parecida a como los formula en este. Si esto no fuera totalmente absurdo y risible, sería bastante desagradable. No creo que haya nada más que decir, de momento.

QUEVEDO REDIVIVUS

P. S. Es posible que algún lector pueda quejarse, en estos tiempos tan quejicosos, de la libertad con la que hablan los santos, los ángeles y las personas espirituales en esta «Vi-

sión». Pero existen precedentes en este asunto, y debo referirme al *Viaje de este mundo al otro*,¹² de Fielding, y a mis propias *Visiones*, es decir, las del susodicho Quevedo, en español o traducidas. Se conmina también al lector a considerar que no se tratan ni se discuten aquí principios doctrinales, que el personaje de la Divinidad aparece cuidadosamente fuera de escena, y eso es más de lo que puede decirse del Laureado, que creyó adecuado y oportuno hacerle hablar, y no precisamente como «teólogo escolástico»,¹³ sino como el analfabeto señor Southey. Toda la acción se desarrolla en los exteriores del Cielo; y *La mujer de Bath* de Chaucer, el *Morgante Maggiore* de Pulci, *El cuento del tonel* de Swift y otras obras de las que se habla son asuntos de los que, en aras de la libertad, pueden hablar los santos y todos los demás en obras que no tienen la pretensión de ser serias.¹⁴

Q. R.

Dado que el señor Southey es un buen cristiano, o eso dice él, y un hombre vengativo, entiendo que ya amenaza con una réplica a esta nuestra contestación. Es de esperar que sus facultades visionarias hayan adquirido entre tanto un poco más de sensatez, para decirlo claramente; de lo contrario no hará más que enfangarse en más problemas. Esos apóstatas del jacobinismo proporcionan réplicas suculentas. Le enseñaremos una muestra. El señor Southey elogió lastimosamente a «un tal señor Landor» que cultiva una fama privada en forma de versos latinos; y no hace mucho tiempo, el Poeta Laureado le dedicó, aparentemente, uno de sus poemas fugitivos, sobre la fuerza de un poema titulado *Gebir*.¹⁵ ¡Quién iba a suponer que en ese mismo Ge-

bir, el susodicho Savage Landor (pues tal es el desafortunado apellido del hombre) pusiera en las regiones infernales nada menos que a una persona que es el héroe del cielo de su amigo, el señor Southey... sí: el mismísimo Jorge III! Véase cuán subjetivo se volvía Savage cuando tenía una opinión. Los siguientes versos son el retrato que hace de nuestro difunto y gracioso soberano:

(Tras haber descendido a las regiones infernales, el príncipe Gebir invoca a sus ancestros reales para que se hagan presentes, y exclama a su guía fantasmal:)

«Aroar, ¿qué demonio es ese que nos acecha? ¿Qué demonio

es ese con cejas blancas y mirada torva?

¡Mira! Allá a lo lejos, atado a la espalda,

y berrea aterrorizado por aquella espada, que cuelga sobre él.

¡También está él entre mis ancestros! ¡Odio

al déspota, pero desprecio al cobarde malvado!

¿Era compatriota nuestro?»

«Ay, ¡oh rey!

Iberia lo parió, pero la raza maldijeron

los vientos inclementes que soplaban pestilentes desde el noreste».

«¿Era un guerrero entonces, sin temor a los dioses?»

«Gebir, él temía a los demonios, no a los dioses,

aunque a estos diariamente les rezaba;

y no era un guerrero, aunque mil vidas

destrozó, ¡como piedras para practicar con la honda!

Y su vil crueldad y su frialdad caprichosa...

¡Oh, locura del hombre! ¡Invocada y adorada!»

Gebir

Prefiero guardarme algunas edificantes historias itifálicas de Savagius y correr un tupido velo sobre ellas,¹⁶ aunque le duela a su solemne pero un tanto indiscreto devoto. Pero ciertamente esos doctores de las «grandes lecciones morales» son dignos de encontrarse en semejante compañía.

The Vision of Judgement

1.

*Saint Peter sat by the celestial gate:
His keys were rusty, and the lock was dull,
So little trouble had been given of late;
Not that the place by any means was full,
But since the Gallic era 'eight-eight'
The devils had ta'en a longer, stronger pull,
And 'a pull altogether,' as they say
At sea — which drew most souls another way.*

2.

*The angels all were singing out of tune,
And hoarse with having little else to do,
Excepting to wind up the sun and moon,
Or curb a runaway young star or two,
Or wild colt of a comet, which too soon
Broke out of bounds o'er th' ethereal blue,
Splitting some planet with its playful tail,
As boats are sometimes by a wanton whale.*

La visión del juicio

1.

Estaba San Pedro sentado a las puertas del Cielo;
tenía las llaves oxidadas y la cerradura embotada
porque últimamente no había tenido mucho trabajo;
el lugar de ningún modo estaba lleno,
pero desde la época gala del ochenta y ocho¹⁷
los demonios habían tenido una larga y decisiva influencia,
y se habían empleado en un «todos a una», como dicen
en la mar, de modo que habían conseguido arrastrar a la
mayor parte de las almas al otro lado.

2.

Todos los ángeles cantaban desafinando
y carraspeando, y no tenían mucho más que hacer,
excepto dar cuerda al Sol y a la Luna,
o frenar a un par de jóvenes estrellas alocadas,
o la desbocada cola de un cometa, que muy pronto
rompería sus ataduras en el etéreo azul
partiendo en dos algún planeta con su cola juguetona...
igual que los barcos a veces cuando una malvada ballena
los quiebra.

3.

*The guardian seraphs had retired on high,
Finding their charges past all care below;
Terrestrial business fill'd nought in the sky
Save the recording angel's black bureau;
Who found, indeed, the facts to multiply
With such rapidity of vice and woe,
That he had stripp'd off both his wings in quills,
And yet was in arrear of human ills.*

4.

*His business so augmented of late years,
That he was forced, against his will no doubt,
(Just like those cherubs, earthly ministers),
For some resource to turn himself about,
And claim the help of his celestial peers,
To aid him ere he should be quite worn out
By the increased demand for his remarks:
Six angels and twelve saints were named his clerks.*